

EL SUEÑO DEL DRAGÓN Y LA VISIÓN DEL CABALLERO

Para Juanito,
soñador de doncellas

El sueño del dragón

El tiempo parecía haberse vuelto loco: ya casi a finales de abril, y el dragón no sabía si dormir abrigado o no. Para colmo, la comida escaseaba. Las doncellas que le llevaban en ofrenda eran pocas y dejaban mucho que desear. Sin ir más lejos, la del día anterior debía de estar ya caducada o en mal estado, pues él había pasado la noche con dolor de estómago y unos eructos terroríficos, cuyos efectos se podían comprobar en el círculo de vegetación carbonizada que rodeaba la cabecera de su cama. Además, quizás la misma indigestión fuese la causa de aquel extraño sueño: él asomaba la cabeza al exterior de la cueva y se encontraba con un desfile de caballeros armados que venían en su busca. Ésta, por supuesto, no era ninguna novedad. La diferencia era que cada uno de esos caballeros venía acompañado de una doncella hermosísima. Ésas sí que son doncellas, no las que me suelen traer últimamente, había pensado en el sueño. Pero, ¿a qué venían esos locos? Si parecía que... Más que a un combate, aquellos caballeros y sus damas parecían venir a... ¡Una boda colectiva! ¿Qué estaba ocurriendo allí? La respuesta se la dio una de esas voces que, sin saberse cómo, suelen salir en los sueños. No, no se trataba de una boda colectiva. Lo que ocurría era que, tras muchos años, y cansado de atemorizar a la población, de matar guerreros y de alimentarse de doncellas, él, por fin había encontrado su lugar en el mundo. Ahora era un dragón empresario que se dedicaba a expedir certificados de combate. A cambio de dejarle una doncella, cada caballero salía de allí con un certificado mediante el cual el dragón daba fe de que había sido vencido por el Caballero Tal, con domicilio en la calle Cual de la ciudad de Más Allá. Los certificados se habían popularizado tanto que eran muy conocidos y ya cotizaban a la baja, pero, de todas maneras, la abundancia de ilusos con ganas de ostentación garantizaban a la fiera un buen pasar para el resto de sus días. Pero... ¿y las doncellas? ¿Qué pasaba con las doncellas? ¿Cuál era su destino? ¡Oh, las doncellas...!, —la voz rió socarrona—, con las doncellas no había problema. El dragón ya era viejo y comía como un pajarito. La comida nunca faltaba y, además, las doncellas —el harén más grande y hermoso que había conocido la historia— se habían confabulado y habían conseguido que él se volviera vegetariano. Así: ¿todos eran felices? Pues, claro: todos felices. Al dragón,

sin saber por qué, ese sueño lo acabó de poner de mal cuerpo. Cuando despertó, aún adormilado, se asomó a la entrada de la cueva. Y, ¿por qué no?, pensó. Pero no vio ningún desfile de caballeros ni de doncellas. Tampoco vio venir el golpe que acabó con sus tontos sueños de dragón.

La visión del caballero

Apenas hubo dado el golpe que acabó con la bestia, el caballero tuvo una visión que lo aterrorizó: la noticia de que el dragón no era invencible se difundía como un huracán incendiario por ciudades, villas y aldeas remotas, rebasaba los confines del país y llegaba hasta los lugares más recónditos del mundo conocido. Un valeroso guerrero había dado muerte al monstruo. No habría más sacrificios ni tributos. Ya no se malograrían ni las mejores crías de animales, ni las doncellas, ni los jóvenes. La pesadilla había terminado. El rey había decretado un año entero de festejos, había prometido a su hija con el vencedor, lo había llenado de riquezas y lo había nombrado heredero de todos sus dominios. Juglares, poetas, trovadores y cómicos narraban, recitaban, cantaban y representaban el increíble suceso en plazas, iglesias y castillos. Los niños lo imitaban valiéndose de pieles, cuernos de vaca y lanzas de madera, y las niñas hacían corros, engalanando con flores y ramitas de laurel a los minúsculos combatientes. El mal había sido vencido, y se abría una época de paz y felicidad para todos los hombres. Sin embargo, con la difusión del triunfo del caballero sobre la abominable bestia también se había sembrado la semilla de la ambición. Muy pronto, nobles y villanos de todas las edades habían querido emularlo, y se habían organizado partidas en busca de otras criaturas a las que la imaginación popular atribuía más peligrosidad que a la vencida por él. La fiebre de oro, fama y reconocimiento arrasaba a generaciones enteras. Ya ningún niño o adolescente de procedencia humilde quería ser aprendiz de herrero, alfarero, cocinero, palafrenero, curtidor o sastre. Ahora, todos aspiraban a ser héroes de leyenda. Los campos, los talleres, las canteras, los mercados, eran abandonados. Los hombres se embarcaban en la búsqueda frenética y desesperada de la fortuna, las mujeres se dejaban contagiar por el delirio colectivo, y en los poblados los ancianos eran abandonados a su suerte. Como consecuencia de las batidas de la muchedumbre, los bosques eran devastados, y toda criatura conocida, desconocida o simplemente rara era aniquilada. Desaparecían de la faz de la tierra no sólo leones, osos, lobos y jabalíes, sino duendes, tragos, hadas, ondinas, sirenas, unicornios, centauros, quimeras... Y, por supuesto, dragones. El caballero mojó la punta de la espada en la sangre del dragón y le untó la lengua con el líquido. El cuerpo de la bestia, tras contraerse en un estertor definitivo, se relajó. El caballero estuvo un largo rato quieto, contemplando a su enemigo, el último dragón del que se tiene conocimiento. Cuando volvió a moverse, ya había decidido renunciar a la princesa.

© Gustavo Hernández Becerra — *La amistad es un múltiplo de 50* (2010)